

mir los excesos de la ira, dejaba todo el veneno y el tumulto en el corazon; era una paz de soberbia y ostentacion; era una falsa apariencia de paz, pero bajo de esta máscara el hombre permanecia siempre el mismo.

28. Hoy baja Jesucristo á la tierra para traer á los hombres aquella verdadera paz que hasta ahora no habia podido darles el mundo: viene á traer el remedio para el origen del mal; su divina filosofía no se limita á dar preceptos pomposos, que aunque puedan lisonjear al entendimiento, no curan las heridas del corazon; y como la soberbia, la sensualidad, los rencores y las venganzas habian sido las fatales raíces de todas las agitaciones que habia padecido el corazon del hombre, viene á darles la paz destruyéndolas con su gracia, con su doctrina y ejemplo.

29. Sí, católicos, la soberbia fue la primera raíz de todas las turbaciones que despedazaban el corazon de los hombres. ¿Qué guerras, qué furoros no habia encendido en la tierra esta funesta pasion? ¿Con qué arroyos de sangre no habia inundado el universo? ¿Qué otra cosa es la historia de los pueblos, de los imperios, de los príncipes y conquistadores; la historia de todos los siglos y de todas las naciones, sino la historia de las calamidades con que desde el principio del mundo habia la soberbia afligido á los hombres? El mundo no era mas que un teatro lúgubre, en que esta pasion altiva é insensata ofrecia todos los días las mas sangrientas escenas; pero esto que sucedia en lo exterior no era mas que una imágen de las turbaciones que el hombre soberbio padecia dentro de sí mismo. El deseo de ser ensalzado era tenido por virtud; la moderacion pasaba por cobardía; un hombre solo arruinaba su patria, trastornaba las leyes y las costumbres, hacia infelices á infinitos por usurpar el primer puesto entre sus ciudadanos; y el feliz éxito de su delito le granjeaba los respetos; y su nombre, bañado en la sangre de sus hermanos, era respetado en los anales públicos, donde se conservaba su memoria; y un malvado feliz era el mayor hombre de su siglo. Esta pasion entre el pueblo no era tan ruidosa; pero no por eso era menos furiosa y funesta. No gozaba mas tranquilidad el hombre bajo que el público; cada uno queria adelantarse á sus iguales; el orador y el filósofo se disputaban y usurpaban la gloria, único objeto de sus trabajos y vigiliass; y como los deseos de la soberbia son insaciables, el hombre que entonces tenia por honor el entregarse todo á ella, como no hallaba en ella cosa en que poder fijarse, tampoco podia estar pacífico y tranquilo. La sober-

bia, que era la única raíz del honor y de la gloria humana, era el fatal escollo del reposo y de la felicidad de los hombres.

30. El nacimiento de Jesucristo, enmendando este error en el mundo, estableció en él la paz que la soberbia habia desterrado de la tierra: bien pudo manifestarse á los hombres con todas las señales de resplandor que le atribuyeron los Profetas: bien pudo tomar los pomposos títulos de conquistador de Judá, de legislador de los pueblos, de Salvador de Israel: Jerusalem hubiera conocido por estos gloriosos caracteres al que esperaba; pero Jerusalem no veria en estos títulos mas que una gloria humana, y Jesucristo vino á desengañarla y enseñarla que esta gloria es nada; que semejante esperanza no era digna de los oráculos de tantos profetas como la habian anunciado; que el Espíritu Santo, que fue quien los inspiró, no pudo prometer á los hombres mas que santidad y bienes eternos; que todos los demás bienes, en vez de hacerlos felices, multiplicaban sus desgracias y pecados: y que su visible ministerio solo responderia á las pomposas promesas con que tantos siglos antes le anunciaban, porque seria absolutamente espiritual y solo se pondria la salvacion de todos los hombres.

31. Por eso nace en Belen en un estado pobre y despreciable, sin pompa alguna exterior, aquel Señor cuyo nacimiento celebraba al mismo tiempo la milicia celestial con cánticos; sin título alguno que le distinga entre los hombres, el que era sobre todo el poder y sobre todos los principados: permite que se escriba su nombre con el de los mas oscuros vasallos del César, aquel cuyo nombre era sobre todo nombre, y el que solo tenia derecho de escribir el nombre de sus escogidos en el libro de la eternidad. Solos los pastores sencillos y rústicos vienen á tributar respetos á aquel en cuya presencia debe doblar la rodilla cuanto hay grande en el cielo, en la tierra y en los infiernos; finalmente, en este espectáculo de su nacimiento se junta todo lo que puede confundir la soberbia humana. Si los títulos, la elevacion, las prosperidades, hubieran podido hacernos felices en la tierra y dar la paz á nuestro corazon, Jesucristo se hubiera manifestado revestido de estos bienes y se los hubiera dado á sus discípulos; pero nos trajo la paz despreciándonos y enseñándonos á que nos despreciásemos á nosotros mismos. Viene á hacernos felices, viniendo á reprimir los deseos que hasta entonces habian sido causa de nuestras inquietudes. Viene á manifestarnos los bienes mas verdaderos y durables, los que solo son capaces de calmar nuestros corazones, de llenar nuestros deseos y de aliviar nuestras penas;



unos bienes que no pueden quitarnos los hombres y que con solo amarlos y desearlos los poseemos.

32. Pero con todo eso ¿quién disfruta de esta feliz paz? ¿Son por ventura menores despues de su nacimiento las guerras, las turbaciones y los furoros? ¿Están mas pacíficos los imperios y Estados que le adoran? ¿Excita menos tumultos y confusiones entre los hombres la soberbia á quien vino á aniquilar? Buscad entre los cristianos esta paz que debiera ser su herencia. ¿En dónde la hallaréis? ¿Acaso en las ciudades? La soberbia todo lo pone en ellas en movimiento; cada uno quiere ser mas que sus antepasados; para uno á quien eleva la fortuna, hay mil desgraciados que siguen sus pisadas sin poder llegar á donde el otro. ¿En el recinto de las casas? En ellas no se oculta otra cosa mas que cuidados é inquietudes; y el padre de la familia, continuamente ocupado mas en el adelantamiento que en la educacion cristiana de los suyos, les deja por herencia sus agitaciones é inquietudes, las que ellos tambien dejarán á sus descendientes. ¿En los palacios de los reyes? En ellos una desmesurada ambicion corroe y consume todos los corazones: en ellos bajo un exterior de alegría y tranquilidad se mantienen las mas violentas y amargas pasiones; en ellos es donde parece que reside la felicidad, y donde la soberbia hace mas infelices y descontentos. ¿En el santuario? ¡Ah! sin duda que este debiera ser el asilo de la paz, pero aun en este santo lugar ha entrado la ambicion; buscan algunos en él mas la elevacion que el ser útil á los fieles; las dignidades santas de la Iglesia son, como las del siglo, premio de la sollicitud y de los engaños; la religiosa circunspeccion del príncipe no puede contener las pretensiones y ocultos manejos; obsérvase la misma sollicitud de pretenderlas, la misma tristeza cuando no se acuerdan de nosotros, la misma envidia contra los que son preferidos; un ministerio que no debia aceptarse sino temblando, se pretende con audacia; nos sentamos en el templo de Dios sin que su divina mano nos haya puesto en el asiento; nos ponemos al frente del rebaño sin consentimiento de su dueño, y sin que nos haya dicho como á Pedro: *Apacienta mis ovejas*<sup>1</sup>. Y como nos encargamos de este cuidado sin vocacion y sin talento, le gobernamos sin edificacion y sin fruto, y aun muchas veces con escándalo. ¡Oh paz de Jesucristo, que excedes á toda capacidad, y que sola eres el remedio de las disensiones que continuamente excita la sober-

<sup>1</sup> Joan. XXI, 18.

bia en nuestros corazones! ¿quién podrá introducirte en el del hombre?

33. Pero en segundo lugar: si las inquietudes de la soberbia habian desterrado la paz de la tierra, no habian excitado menos turbaciones en ella los impuros deseos de la carne. El hombre, no acordándose de la excelencia de su naturaleza y de la santidad de su origen, se entregaba sin escrúpulo, como las bestias, al ímpetu de este brutal instinto; siendo esta en su corazon la mas violenta y universal de sus inclinaciones, la tenia tambien por la mas inocente y legítima, y aun para autorizarla mas, formó de ella culto y se hizo dioses impuros, en cuyos templos este infame vicio era el solo respeto que honraba sus altares. Un filósofo, aunque por otra parte el mas sábio entre los paganos, temiendo que el matrimonio sirviese de freno á esta deplorable pasion, quiso destruir este sagrado lazo, permitiendo una brutal confusion entre los hombres, como entre los animales, y que el linaje humano solo se multiplicase á costa de maldades: cuanto mas universal era este vicio, tanto mas perdía de este nombre, y con todo eso, ¿qué diluvio de males no derramó sobre la tierra? ¿Con qué furoros no armó los pueblos contra los pueblos, los reyes contra los reyes, la sangre contra la sangre, los hermanos contra los hermanos? En todas partes introdujo la confusion y la rabia, é hizo temblar al universo: las ruinas de las ciudades, las reliquias de los imperios mas florecientes, los cetros y las coronas trastornadas, eran los públicos y lúgubres monumentos que levantaba cada siglo, para conservar, al parecer, á las futuras edades la memoria y la tradicion funesta de las calamidades con que este vicio habia continuamente afligido al género humano: él mismo era un fondo inagotable de confusiones y pesares para el hombre que se entregaba á él sin medida: prometia la paz y los placeres, pero siempre le seguian los celos, las sospechas, los furoros, los excesos, los disgustos, las inconstancias y los tristes pesares: llegó á tanto exceso, que se vió autorizado con las leyes, con la religion y con el universal ejemplo, de modo, que aun en aquellos siglos de oscuridad y corrupcion, solo el amor al sosiego pudo apartar de él á un corto número de sábios.

34. Pero este motivo era muy débil para detener el impetuoso curso, y apagar el fuego en los corazones de los hombres: habia necesidad de mas poderoso remedio, y este fue el nacimiento del Salvador, que vino á sacar los hombres de aquel abismo de corrupcion, para que quedasen puros y sin mancha; á desatarlos de



aquellos vergonzosos lazos, y á darles la paz, restituyéndoles la libertad y la inocencia que les habia quitado la servidumbre y tiranía de este vicio. Nació de una madre virgen, y la mas pura de todas las criaturas; con esto solo ya dió honor á una virtud desconocida en el mundo, y á la que aun su mismo pueblo miraba como oprobio. Además, uniéndose á nosotros se hizo nuestra cabeza, nos incorporó consigo mismo, nos hizo miembros de su místico cuerpo; de aquel cuerpo que recibe el influjo y la vida de él mismo; de aquel cuerpo en el que son santos todos los miembros; que debe estar sentado á la diestra de Dios vivo, y glorificarle por todos los siglos.

35. Ved, católicos, á qué grado de honor ensalzó Jesucristo nuestra carne en este misterio. Hízola templo de Dios, santuario del Espíritu Santo, parte de un cuerpo en que reside la plenitud de la Divinidad, el objeto de la complacencia y amor de su Padre. Pero nosotros ¿no profanamos aun este santo templo? ¿No hacemos aun servir á la ignominia los miembros de Jesucristo? ¿Respetamos acaso nuestra carne, desde que es una porcion santa de su cuerpo místico? ¿No ejerce aun esta pasion vergonzosa la misma tiranía sobre los cristianos, esto es, sobre los hijos de la santidad y de la libertad? ¿No turba aun la paz del universo, la tranquilidad de los imperios, el sosiego de las familias, el órden de la sociedad, la buena fe de los matrimonios, la inocencia de los comercios y la suerte de cada particular? ¿No ofrece aun todos los dias al mundo espectáculos trágicos? ¿Respetamos los mas sagrados vínculos, ni los mas respetables caracteres? ¿Hace caso de ninguna obligacion? ¿Cuenta ni aun con los respetos? ¿No hace aun de la misma sociedad una confusion terrible, en la que la costumbre ha borrado todas las reglas? Vosotros los que me escuchais, decidme, ¿de dónde os han venido todas las desgracias y pesares de vuestra vida? ¿No es de esta deplorable pasion? ¿No es ella la que ha arruinado vuestra fortuna, la que ha introducido las inquietudes y divisiones aun en el recinto de vuestra casa, la que ha consumido el patrimonio de vuestros padres, la que ha deshonorado vuestro nombre, arruinado vuestra salud, y os ha hecho pasar una vida triste é ignominiosa en la tierra? ¿No es á lo menos la que actualmente despedaza vuestro corazon, cuya posesion tiene? ¿Qué es lo que hay dentro de vosotros, sino una tumultuaria revolucion de temores, de deseos, de celos, de desconfianzas, de disgustos, de atrocidades, de despechos, de pesares y de furors? ¿Habeis tenido un instante de paz desde que es-

ta pasion manchó vuestra alma y se introdujo á turbar todo el reposo de vuestra vida? Haced que renazca Jesucristo en vuestro corazon, porque él solo puede ser vuestra verdadera paz; arrojad los espíritus impuros y estará pacífica la casa de vuestra alma. Haced hijos de gracia, pues la inocencia es sola la raíz de la tranquilidad.

36. Finalmente, el nacimiento de Jesucristo reconcilia á los hombres con su Padre, une á los gentiles con los judíos, destruye todas las odiosas distinciones de griego y de bárbaro, de romano y de escita; apagó todas las enemistades y todos los rencores; de todos los pueblos hizo uno solo: de todos los discípulos un corazon y una alma, último género de paz que vino á traer á los hombres. No estaban estos unidos antes, ni por el culto, ni por una comun esperanza, ni por la nueva alianza que en un enemigo nos manifiesta un hermano; cómo se miraban como criaturas de diferente especie: la diversidad de religiones, de costumbres, de países, de idiomas, de intereses, parece que habia diversificado entre ellos la misma naturaleza; apenas se conocian mutuamente por la figura de hombres, que era la sola señal de union que aun les quedaba: exterminábanse como bestias feroces; ponian su gloria en despoblar la tierra de sus semejantes y en llevar en triunfo sus cabezas ensangrentadas, como ilustres monumentos de sus victorias: parece que se podia decir que todos descendian de diversas criaturas irreconciliables: ocupados siempre en destruirse, parece que no habian venido á la tierra mas que á vengar su querella y á terminar sus diferencias con la extincion universal de uno de los dos partidos. Todo dividia á los hombres, solamente los unian las pasiones é intereses, los que eran la única raíz de su division y discordia.

37. Pero Jesucristo fue nuestra paz, nuestra reconciliacion, la piedra angular que une y ata todo el edificio, la cabeza vivificadora que une todos sus miembros, y hace de ellos un solo cuerpo: todo lo que nos une con él, nos une entre nosotros: uno mismo es el espíritu que nos anima, la esperanza que nos sostiene, el pecho que nos cria, la cuna que nos junta y el pastor que nos guarda. Somos hijos de un mismo Padre, herederos de unas mismas promesas, ciudadanos de la misma eterna ciudad y miembros de un mismo cuerpo.

38. Ahora bien, católicos, tantos sagrados lazos ¿han bastado para unirnos entre nosotros mismos? El Cristianismo que no debia ser mas que la union de los corazones, el lazo de los fieles entre sí



y de Jesucristo con los fieles, que debía figurar en la tierra la paz del cielo; este Cristianismo no es mas que un teatro fatal de disensiones y guerras: la guerra y el furor parece han establecido entre los cristianos una eterna mansión; la Religion, que debía unirlos, es la que los divide; el infiel, el enemigo de Jesucristo, los hijos del falso profeta que no vino á traer mas que la guerra y el exterminio entre los hombres, están en paz, y los hijos de la paz, los discípulos de aquel Señor que vino hoy á traerla á los hombres, tienen continuamente en la mano el hierro y el fuego para valerse de ellos unos contra otros; los reyes se levantan contra los reyes, los pueblos contra los pueblos; los mares que los separan, los reunen para que se destruyan: un vil monton de piedra excita su furor y su venganza, y las naciones enteras van á perecer y sepultarse debajo de sus murallas para disputar á quién han de pertenecer sus ruinas. No basta la tierra á contenerlos ni para mantener á cada uno dentro de los límites que la misma naturaleza parece habia puesto á los Estados é imperios. Cada uno quisiera usurpar algo á su vecino, y un miserable campo de batalla que apenas puede servir de sepultura á los que le han disputado, es el premio de los arroyos de sangre con que queda teñido para siempre. ¡Oh divino Reconciliador de los hombres, volved otra vez á la tierra, pues la paz que naciendo nos trajisteis, padece aun tantas guerras y calamidades en el universo!

39. Aun mas. El recinto de las ciudades que nos une bajo de unas mismas leyes no une los corazones ni los afectos; los rencores y los celos dividen á los ciudadanos del mismo modo que á las naciones; las venganzas se perpetúan en las familias, y los padres se las dejan á los hijos como una herencia de maldición. Por mas que la autoridad del príncipe desarma el brazo, no desarma los corazones: por mas que quite la espada de las manos, se hiere al enemigo mucho mas cruelmente con la espada de la lengua. El rencor, obligado á encerrarse en lo interior, se hace mas profundo y mas amargo, y el perdonar es una flaqueza que afrenta. ¡Oh católicos, vino Jesucristo en balde á la tierra! Vino á traernos la paz y dejárnosla como herencia suya; ninguna cosa nos encargó tanto como el que nos amásemos, y parece que la union y la paz han sido desterradas de entre nosotros. Los rencores dividen aun la corte; la ciudad, las familias, y aquellos á quienes los puestos, los intereses del Estado, la cortesía ó á lo menos la sangre debiera unir, se despedazan, se consumen, quisieran destruirse y levantarse los unos

sobre las ruinas de los otros: la Religion, que en nuestros enemigos nos representa nuestros hermanos, no es oída: la amenaza que nos hace esperar el que Dios use con nosotros la misma severidad que nosotros usamos con nuestros hermanos, no nos mueve; y todos estos motivos tan capaces de ablandar el corazón, dejan aun en él toda la amargura del rencor. Vivimos tranquilamente en este horroroso estado. La equidad de nuestras quejas contra nuestros enemigos calma en nosotros la injusticia de nuestro rencor y del aborrecimiento que les tenemos; y si acaso estando para morir nos reconciliamos con ellos, no es porque los amemos, sino porque el corazón en aquel estado no tiene ya fuerzas para aborrecerlos. Es porque ya están casi apagados todos nuestros sentidos, ó á lo menos porque no sentimos ya mas que nuestro próximo desfallecimiento y extincion. Unámonos, pues, con Jesucristo que nace; contemplemos el espíritu de este misterio; demos con él á Dios la gloria que le es debida. Este es el solo medio de darnos á nosotros la paz, que hasta ahora nos han quitado nuestras pasiones. Amen.

## ASUNTOS

## PARA LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

I. *Humiliavit semetipsum.* (Philip. II). San Lorenzo Justiniani descubre en Dios nuestro Redentor, en el acto de nacer hombre, tres profundas humillaciones: humillacion de naturaleza con respecto al Padre; humillacion de persona con respecto á sí mismo, y humillacion de dignidad con respecto á nosotros: *Christus nascens humiliavit semetipsum relate ad Patrem, relate ad se, relate ad homines.* (Lib. de triumph. agon. Chr.). Cristo era Dios por razon de su naturaleza, y naciendo, se humilló hasta la condicion de hombre. Cristo era hijo por razon de su persona, y naciendo, se humilló hasta la condicion de siervo. Cristo era rey por razon de su dignidad, y naciendo, se humilló hasta la condicion de súbdito. Un Dios se hace hombre: humillacion de Jesús en su naturaleza con respecto á su Padre. Un hijo se convierte en siervo: humillacion de Jesús en su persona con respecto á sí mismo. Un rey se convierte en súbdito: humillacion de Jesús en su dignidad con respecto á nosotros.

II. *Reclinavit eum in præsepio.* (Luc. II). Jesucristo, al nacer